



Rumbo a Harvard y a New Paltz

Experiencias formadoras de maestros cubanos en Estados Unidos: 1899-1902

Por YOEL CORDOVÍ NÚÑEZ

La “excursión” a Harvard

En la tarde del 3 de julio de 1900 llegaba a la ciudad de Cambridge, suburbio de Boston, la expedición Mc Clellan procedente de costas cubanas. No trasladaba soldados ni armas, como había sucedido dos años antes, al producirse la intervención de Estados Unidos en el conflicto colonial; esta vez trasladaba a 226 maestros dispuestos a cursar estudios de preparación en la egregia Universidad de Harvard. Similar travesía habían realizado momentos antes los buques Mc Pherson, Crook, Sedgwick y Burnside, con el resto de los 1256 expedicionarios. Según los testimonios, el viaje fue amenizado con bailes, tertulias y lecciones en inglés entre los grupos de señoritas que descubrían, por primera vez, el desborde placentero fuera de los límites del hogar.

La salida de jovencitas, algunas de 15 y 16 años de edad, implicó ciertos requerimientos, a fin de atemperar la experiencia con las costumbre y la moral de la época. Pronto apareció una solución: las señoritas serían custodiadas por chaperonas, vigilantes de la “moral” e “integridad” sexual de las maestras. Había que evitar por todos los medios “que su primer contacto con la libertad americana no las llevara a exagerar”.¹

Un “hombre de Harvard” fue el autor de esta expedición: Alexis E. Frye.

Graduado de Bachiller en Artes en esa universidad, tuvo noticias de las gestiones infructuosas de su coterráneo, Ernest L. Conant, de conducir a Cambridge un reducido número de docentes cubanos con el objetivo de que cursaran uno o dos años en la casa de altos estudios. Al ser nombrado para el cargo de Superintendente de Escuelas de Cuba, el funcionario hizo suyo el proyecto y decidió materializarlo. Sin pérdida de tiempo, pues los exámenes para maestros no podían dilatarse, dirigió una carta al rector de Harvard, Charles W. Elliott, en la que le puso al tanto de sus planes y le solicitó el apoyo necesario para el traslado gratis de los jóvenes, futuros profesionales.

La noticia del viaje causó recelo en ciertos grupos de la intelectualidad cubana vinculados con el magisterio. Manuel Sanguily, director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, expresó de manera abierta su escepticismo al declarar que desconocía los motivos de semejante iniciativa formadora en tierra extraña. El criterio prevaleciente, empero, fue favorable a la llamada “excursión”. El Comisionado de Escuelas, Esteban Borrero Echevarría, partidario decidido del establecimiento de la república independiente, tildaba criterios como los de Sanguily de “temores tan santos como pueriles”.²

El debate en modo alguno estaba ajeno a los contrapuntos de los discursos nacionalistas en el interregno de la

primera ocupación militar norteamericana. La formación docente del magisterio figuró entre las expresiones más tempranas de defensa de “lo cubano” tras concluir el conflicto colonial. La clausura de las Escuelas Normales para Maestros y Maestras, de la colonia, en abril de 1899, encontró el inmediato rechazo de un grupo de docentes afiliados a la recién fundada Asociación de Maestros, Maestras y Amantes de la Niñez Cubana. Desde su creación, el 6 de enero de 1899, la asociación dejó claro los objetivos por los que trabajaría, al decir de su director que aspiraba a una escuela eminentemente cubana, científica, organizada y, sobre todo, dirigida por los pobladores de la Isla.

La asociación acogió a personalidades provenientes de las guerras de independencia y a antiguos pedagogos, defensores desde la colonia de una pedagogía cubana y moderna. La vida de la Asociación de Maestros, Maestras y Amantes de la Niñez Cubana fue efímera. No obstante, incentivó la formación de la primera hornada de maestros surgidos durante la primera ocupación militar. De uno de sus miembros, el pedagogo Alejandro María López, fue la idea de crear la Institución Libre de Enseñanza, centro de carácter gratuito y mixto que preparara a los maestros y maestras cubanos. Durante su único año de existencia, la institución funcionó como una de las columnas centrales en la formación del joven magisterio.

La institución fue creada el 25 de abril de 1899, tras las gestiones de la Asociación de Maestros, Maestras y Amantes de la Niñez Cubana, con el apoyo de la Sociedad Económica de Amigos del País (SEAP). Esta relación facilitó su emplazamiento en los altos de la Escuela Zapata, de la que había sido su director el eminente pedagogo Manuel Valdés Rodríguez. La presidía el maestro Domingo Frades y Calvo, quien ya había fracasado en un intento anterior por instaurar esta institución durante la colonia.

Valdés Rodríguez junto con miembros de la directiva de la referida asociación de maestros ocupó una de las plazas en la habanera Institución Libre de Enseñanza e impartió la asignatura de Gramática. Otros maestros fueron, Magdalena Pardo, Manuel Delfín, Arturo R. Díaz, Alejandro María López, Luis Agüera, su presidente Domingo Frades, y Carlos de la Torre, este último a cargo de las Ciencias Naturales. El objetivo de la Institución, según Arturo R. Díaz, era “enseñar a enseñar”, la misma filosofía que animaba el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos, principal inspirador de la homóloga institución madrileña, fundada en 1876.

La falta de preparación de los docentes, empero, exigía de iniciativas que respondieran al incremento sustancial del cuadro magisterial a lo largo y ancho de la Isla. Con ese fin, el superintendente Frye organizó las Escuelas Normales de Verano, mientras regulaba de manera transitoria la selección y el viaje de maestros a la universidad estadounidense de Harvard.

La invitación a los docentes se publicó en la *Gaceta Oficial* del 17 de junio de 1900 y, al decir del historiador Enrique Sosa, devino parte de una empresa mayor y definitiva que debía culminar con la constitución de las Escuelas Normales. Sin embargo, el hecho de ser concebida por un funcionario estadounidense y de implicar el traslado de maestros cubanos a territorio norteamericano, ha motivado debates

Espacio Laical 2/2011

y polémicas en torno a los objetivos y alcances “americanizantes” de la política educativa del gobierno de Estados Unidos hacia Cuba.

En uno de sus últimos trabajos, Sosa refutaba esta aseveración, al tiempo que reconocía “el intenso e innovador trabajo de Frye”. Por una parte, advertía la breve estadía de los maestros en suelo extranjero, tiempo limitado a dos meses que imposibilitaba el aprendizaje del idioma inglés. Otro argumento estaba relacionado con el amplio e intenso plan de estudios, que contribuía a elevar el nivel cultural de los docentes cubanos.

Sin desestimar tales criterios, existen, a mi juicio, otros elementos que permiten comprender el verdadero significado de Harvard en la formación de lo que sería la primera hornada de maestros republicanos o “de certificados”. El problema no radica tanto en el plan de organización del curso, el cual, si bien no dejaba de ser amplio e interesante, mostraba un desnivel apreciable en las frecuencias asignadas a las materias impartidas. Así, mientras a los métodos y procedimientos de enseñanza, esenciales en la formación de un magisterio mayoritariamente inexperto, se le dedicaban apenas tres clases a la semana, la historia de Estados Unidos

ocupaba la de mayor frecuencia entre todas las materias, con un total de 18 lecciones.

Reitero el hecho de que se trataba de un magisterio joven, en su inmensa mayoría carente de preparación pedagógica y cultural, en general. Más que abarrotarlo de la historia de Estados Unidos, se imponía reforzar el currículo en materias relacionadas con la metodología, aunque el referente principal asumido fuera el del país sede, entre los más avanzados en el mundo en criterio de organización escolar.

La implementación del curso dejaba entrever el lado hegemónico, a tono con los intereses de las altas esferas de la política y los negocios en Norteamérica. Detrás de esta iniciativa se encontraban los principales artífices de la estrategia geopolítica de Estados Unidos en América Latina. El propio Frye, no obstante sus esfuerzos por restarle carácter gubernamental a la experiencia formadora, declaraba en una de sus circulares que el viaje de los cubanos había despertado “gran interés” en el Secretario de la Guerra, Elihu Root, y en el gobernador militar de la Isla, general Leonard Wood. El maestro de Batabanó Ramiro Guerra, uno de los excursionistas, refería que Wood gestionó el proyecto, el Secreta-



rio de Estado John Hay acogió la idea y el presidente William McKinley se interesó personalmente en su ejecución.³

¿Hasta qué punto el superintendente Frye estaba identificado o formaba parte de lo que el historiador Louis Pérez definió como “diseño imperial” en materia pedagógica? Los argumentos sostenidos por los autores que insisten en las nobles intenciones del funcionario estadounidense en modo alguno son lo suficientemente sólidos. Tampoco “el diseño” ha sido estudiado con la profundidad que requiere. No obstante, prefiero detenerme en otra dimensión del asunto y que está relacionada con la recepción del programa de Harvard entre los estudiantes y profesores del plantel universitario. Es decir, los que en la práctica compartieron sus experiencias y sentimientos al lado de los jóvenes docentes.

Los numerosos testimonios de los implicados en el viaje al recinto universitario estadounidense coinciden en destacar el respeto, la admiración y la confianza que mostraron hacia ellos, tanto la generalidad del profesorado del plantel como la población de Boston. Fue el periódico *Boston Journal* el encargado de dar la primicia acerca de la llegada del primer transporte con los maestros y en dedicarles una nota alentadora a manera de bienvenida: “[...] América ve en estos maestros de la juventud cubana la principal fuerza motriz para llevar a cabo el establecimiento de la nación cubana, fuerza que ejercida en las escuelas de la Isla sobre las jóvenes inteligencias que pronto tomarán la dirección de su Gobierno, encontrará su más completo efecto en los años venideros.”⁴ Las impresiones posteriores la dejó plasmadas para la posteridad un grupo de maestros:

“Al llegar a Cambridge y dirigiéndonos a los alojamientos que nos habían designado, nuestra vista tropezó con algo que nos conmovió y electrizó de tal modo, que no fuimos dueños de contener nuestros sentimientos de regocijo y gratitud: el ver ondear enhies-

ta y elevada sobre el edificio central de la Universidad [...] nuestra bella y querida tricolor. Lo que sentimos [...] lo comprenderán nuestros valientes hermanos los libertadores, cuando recuerden el momento en que, vagando por los campos de Cuba, divisaban un campamento cobijado por tal gloriosa enseña”.⁵

Durante las sesiones escolares permaneció la bandera cubana en el recinto docente, al igual que en otros establecimientos y casas particulares. Los días 3 y 4 de julio, con motivo de las fiestas nacionales, fue izada la bandera de Estados Unidos en la universidad. En compensación, contaba Guerra, fueron entregadas a los niños y niñas de las escuelas públicas de ese país más de 3 mil banderitas cubanas que habrían de portar en todos los actos cívicos de esos días.⁶

De la universidad de Harvard no regresaban los maestros habaneros y del resto de las provincias, sino que llegaban los maestros y las maestras de Cuba, los encargados de formar a las primeras generaciones de posguerra. Entre todos construyeron y reconstruyeron los imaginarios nacionalistas con base en la ideología del independentismo.

Las relaciones con los estudiantes y los profesores norteamericanos fueron también las más cordiales. Los visitantes se alojaron en las habitaciones de los universitarios. Las mujeres, en pequeños grupos de dos a ocho, permanecerían en casas privadas cerca de la universidad. No obstante este ambiente de armonía, los celos y prejuicios racistas dejaron sentirse, particularmente en algunas maestras blancas, negadas, incluso, a fotografiarse con sus colegas negras y mestizas.

En el tiempo libre solían reunirse los jóvenes estadounidenses y cubanos en las calles y paseos, así como en los teatros, cuyos dueños le ofrecieron gra-

tis sus localidades. Entre las fiestas y diversiones preferidas se encontraban los bailes de zapateo, ofrecidos durante la temporada por las Sociedades Católicas de Boston. Tampoco faltaba el danzón, considerado por parte de la élite insular una manifestación ajena a los patrones de las buenas costumbres y de la modernidad; un baile que extraviaba al cubano por lo senderos de la vulgar “africanización”. Mientras un sector de la prensa y la intelectualidad, abanderada del “blaqueamiento” de las prácticas cotidianas, execraba el danzón, en los Estados Unidos los estudiantes estadounidenses se esforzaban por aprender su sensual cadencia en compañía de las maestras y los maestros cubanos.

Otro de los espacios de intercambio fueron los estadios. A ellos asistieron los cubanos, bien como espectadores o como actores. Los deportes preferidos

eran el *baseball* y el *football*, en los que, según los propios excursionistas, habían alcanzado un progreso notable.

Del esparcimiento pasaban al estudio. En las espaciosas aulas de Harvard y en las excursiones programadas se estrecharon las relaciones con los maestros universitarios, algunos de los cuales no ocultaban su entusiasmo por la independencia de Cuba. El maestro Ramiro Guerra recordaba los aplausos de los jóvenes cubanos en el *Sander's Theatre*, al profesor Gaspar de Coligny cuando al concluir su primera conferencia de Historia de las Colonias Españolas, expresó en perfecto castellano: “Vosotros, maestros y maestras

cubanos, podéis admirar la grandeza de este país [...] pero no os dejéis deslumbrar por ella [...] Y no olvidéis nunca, frente a tales grandezas, las cuales deben ser fuente de inspiración para vosotros, un viejo refrán español que expresa pintorescamente lo que acabo de expresar: ‘Más vale ser cabeza de ratón que cola de león’.”⁷

Aún el priorizado curso de Historia de Estados Unidos pasaría a ser motivo de inspiración nacionalista. Los lugares históricos visitados estaban relacionados con las luchas independentistas de las ex colonias inglesas. El maestro Guerra, por ejemplo, calificaba esas excursiones de “interesantes” e “inspiradoras”, y recordaba el olmo en el que George Washington juró el mando del ejército, también los numerosos y sencillos monumentos conmemorativos. Por analogía, el significado del complejo monumental observado en Estados Unidos fue motivo de reflexiones e iniciativas de los cubanos. Algunos de ellos suscribieron la idea de construir monumentos similares en Cuba, inspirados en las guerras de independencia y también en la memoria de las víctimas del Maine y de otras acciones durante la contienda interventora de 1898.

Esa mezcla de sentimientos, en la que a la admiración por lo desconocido, y al mismo tiempo grandioso, se unían los recuerdos, la añoranza, la seguridad de ser partícipe de una historia inconclusa y la convicción del papel trascendental que estaban llamados a desempeñar en el presente y el futuro del país, aún no independiente, quedó recogida en un libro de autógrafos conservado en el Archivo de la Universidad de Harvard. Estos testimonios, huellas en el tiempo dejadas por los maestros cubanos a su paso por el recinto norteamericano, son expresiones fieles de esa complejidad de pareceres; de saberse en el corazón de un país, concebido por muchos como modelo en el ejercicio de la libertad del ciudadano y de las prácticas democráticas; de una escuela para su formación y superación en las prác-



ticas pedagógicas más modernas, pero, al mismo tiempo, erigido en árbitro de los destinos de un pueblo con marcado sentimiento nacionalista.

Los ejemplos no dejan margen a dudas. Pedro Aragonés, maestro de la ciudad de Cienfuegos, deseaba “para su querida Patria una República Libre, soberana e independiente, como lo es la de los Estados Unidos de América”. Similares aspiraciones las de Enrique Rodríguez Batista, de Punta Brava, quien añoraba “cuanto antes ver flotar la bandera de la estrella solitaria en el Morro de la Habana”. El maestro de la escuela municipal para varones de Holguín, Antonio Gutiérrez Ávila anhelaba “la independencia de Cuba soberana”, mientras que el de la escuela No. 7 de Güira de Macuriges, iba más allá cuando advertía que un “pueblo protegido” y un “pueblo colono” eran “igualmente esclavos”. Su verdadera libertad, según este cubano, “está en la independencia de pensamiento y acción”.

Otros autógrafos sostienen la misma línea de pensamiento, y, como bien advierte Marial Iglesias, ponen en evidencia las tensiones entre el discurso nacido de la revolución de independencia norteamericana, que representa a Estados Unidos como la cuna de la libertad y la democracia en América, y las latentes apetencias imperialistas, percibidas como una amenaza para la

independencia de Cuba. El pensamiento del maestro Rafael Sentmanat, de Rancho Veloz, Las Villas, es revelador: “De paso por esta gran República, imperio indiscutible de grandeza, moralidad y civilización, rindo sincero homenaje a sus tradicionales virtudes y hago votos porque selle de una vez su universal prestigio, realizando sin demora la necesaria Constitución de la República Cubana, absolutamente independiente y soberana y dejando a los heroicos filipinos que disfruten en el santuario de su patria de la santa libertad porque pelean”.⁸

Otro experimento formador: New Paltz

A aquel curso en Harvard, en el verano de 1900, le siguieron otros programas que comprendían el traslado de docentes cubanos a Estados Unidos. A inicios de 1901 el Comisionado de Escuelas de Cuba, Matthew E. Hanna, interesado en continuar la obra de Frye, comenzó a gestionar con los directores de las escuelas normales de su país la posibilidad de admitir alumnos cubanos en esos planteles. De ahí surgió el convenio con Myron T. Scudder, director de la Escuela Normal de New Paltz, en el estado de Nueva York, quien se comprometió a recibir a un número de 50 a 75 alumnas. Una vez aprobado éste

por el secretario de Instrucción Pública y el Gobernador Militar, se procedería a la firma de los correspondientes contratos. En virtud de estos documentos, cada alumna debía asistir durante uno o dos años a la institución normalista estadounidense y prestar servicios en las escuelas públicas de Cuba durante no menos de dos años después de graduadas.

A mediados de 1901, el Comisionado Hanna recibió una carta de Charles D. Hine, en la que le informaba el acuerdo de la Asamblea legislativa del estado de Connecticut, referido a la aceptación de 50 maestros cubanos para que cursaran estudios de superación en las escuelas normales del estado. La enseñanza y los libros serían gratuitos y el alojamiento estaría garantizado. A partir de esta iniciativa, el Comisionado de Escuela propuso la creación de 25 a 30 becas anuales para los alumnos de toda la Isla que tuvieran mejores calificaciones.

La generalidad de los maestros y funcionarios cubanos que estaban al frente de la reforma escolar aceptó el proyecto de New Paltz, tal como había sucedido con su antecesor de Harvard. Eso sí, el reclamo del establecimiento de las escuelas normales en cada capital de provincia en Cuba era casi

unánime y se intensificó a raíz de la renuncia del superintendente Frye. De ahí el llamado que hiciera Arturo R. Díaz, director de la revista *La Escuela Moderna*, al comisionado Hanna y al secretario de Instrucción Pública, Enrique José Varona, para que crearan “enseguida las Escuelas Normales que Cuba necesita”.⁹

La patria se definía, ya no sólo en espíritu, sino también en cuerpo. Quizá fue Frye uno de los que mejor comprendió este significado, cuando al hacer notar las manifestaciones de regionalismo en la ex colonia y la necesidad de la unidad política, social e intelectual, apuntaba: “En esta excursión los maestros de todas partes de la Isla, se codean, se van conociendo, y el contacto es más íntimo que el que pudieran hacerlo (sic) en Cuba.”¹⁰

Estos cursos no sólo iban a permitir el acercamiento entre cubanos y norteamericanos, sino también entre los propios maestros cubanos, hasta ese momento aislados en sus respectivas provincias. Los estudios en la nación norteña unificaban voluntades frente a una colosal obra, impregnándole, desde su arrancada, un carácter nacional. De la Universidad de Harvard o de la Escuela Normal neoyorquina no regresaban los maestros habaneros y del resto de las provincias por separado en buques de guerra; tales como llegaron a suelo extranjero. Desembarcaban en la tierra que pocos días antes los vio

partir, los maestros y las maestras de Cuba, los encargados de formar a las primeras generaciones de la posguerra; de construir y reconstruir los imaginarios nacionalistas con base en la ideología del independentismo. Muchos de ellos contribuyeron posteriormente a la preparación de los docentes que habían permanecido en la Isla y entre todos consolidaron, con más dedicación que formación, la escuela pública cubana.



Notas:

1 Yamilet Hernández Galano: “Estrategias femeninas de superación y subsistencia. Cuba (1898-1902)”, en Norma Vasallo y Teresa Díaz Canals (coord.): *Mirar de otra manera*, Editorial de la Mujer, La Habana, 2008.

2 Esteban Borrero Echevarría: “A sus amigos y compañeros los maestros de escuelas de la Isla de Cuba”, en *Revista Pedagógica Cubana*, La Habana, 30 de junio de 1900, p. 48.

3 Alexis E. Frye: Circular No. 9, La Habana, 16 de mayo de 1900, en *Civil Ordes and Circulars*, 1900, p. 352.

4 *La Escuela de verano para los maestros cubanos*, Cuban Summer School, E. W. Wheeler, Cambridge, 1900, p. 17.

5 *Idem.*, p. 8.

6 Ramiro Guerra: *Fundación del sistema de escuelas públicas de Cuba, 1900-1901*, Editorial Lex, La Habana, 1954, p. 72 y Joaquín Solá Báez: “Los maestros cubanos en la Universidad de Harvard, Cambridge. Recuerdos de una memorable excursión”, en Archivo Histórico Provincial de Camagüey, *Fondo Juárez Cano*, Leg. 53, no. 53.

7 *Idem.*

8 Cada una de las citas referidas a los autógrafos me fueron concedidas por la historiadora Marial Iglesias, quien consultó el Libro de autógrafos de los maestros cubanos en Harvard. Archivo de la Universidad de Harvard, HUE 83.100.11e (*Autographs and Testimonials of Students, Manuscripts*), para su tesis doctoral “Las metáforas del cambio: transformaciones simbólicas en el tránsito del “entre imperios” en Cuba (1898-1902), Tesis de doctorado, Universidad de la Habana, 2001.

9 Arturo R. Díaz: “Las Escuelas Normales”, en *La Escuela Moderna*, La Habana, 30 de julio de 1901, p. 146.

10 Cuba. Junta de Superintendentes de Escuelas: *First annual report of the Commissioner of public schools, together with the annual reports of the provincial Superintendents and others: 1900-1901*, Rambla y Bouza, La Habana, 1902, pp. 51-52.

